

teria dura y resistente es digna de dar albergue a la forma impercedeta. El lento trabajo de estilo fué más lento aun por la vastedad del plan del libro, si he de juzgar por fragmentos publicados que tocan materias muy varias, entre el enjambre de problemas de política, de moral, de religión, suscitados o agudizados por la gran tragedia... Pasaron así, sin que vieran la luz más que fragmentos de *El Canto a Aegir*, los años de la guerra.

La paz, paz de algunas horas tan trágicas y procelosas como las de la guerra misma, impuso un cambio en la concepción del libro. Quien pasó de unos en otros años sin mudar de juicio fué o porque nunca tuvo hondas convicciones o porque vivió en ellos, sin vivir de ellos, sin quemarse el alma en las llamas del inmenso incendio espiritual. Un día *El Canto a Aegir* fué bautizado con nuevo nombre: *La profecía de Ezequiel*. Con este título, hace un par de años bien cumplidos, anuncié su inminente aparición a los lectores de *La Nación*, comentando algunas páginas sueltas, tomadas al azar, que me fué dado leer. Las divinidades hiperbóreas, los dioses del bélico misticismo del César germánico, se refugiaron vencidos en su remoto Walhalla, sin que por eso se acallara el clamor de violencia y de venganza; no eran ellos los únicos poseídos de la embriaguez salvaje de la guerra y del amor a la gloria sangrienta. Con el triunfo se inició una nueva valoración moral, que traerá como secuela severas rectificaciones del juicio y del criterio sobre los pueblos y sobre las ideas:

*A i posteri l'ardua sentenza...*

Zorrilla de San Martín se vió entre las manos un libro aun inédito y ya envejecido, con partes muertas. La profecía de Ezequiel, la pavorosa visión bíblica, dió nuevo título a la obra, cuyo eje se había desplazado lentamente. Lentamente se fué formando un libro menos militante que el concebido en las primeras horas: invocación al espíritu, sobre el campo sembrado de huesos y despojos, como en el poema del enorme visionario de los sagrados libros.

*El Sermón de la Paz*, leo con asombro en la carátula del libro recién salido a luz. Noto la ausencia total, salvo algún rastro accidental, de lo que podría llamar prosa militante: páginas de concepción deformada por la pasión de la hora y por la información deficiente o tendenciosa. De aquel libro primero se ha desprendido este otro, sereno y meditativo, «casi místico, advierte el autor, un libro de lecturas espirituales». El pensamiento del escritor se cierne cada vez en más altas y puras regiones.

Renán inventó la expresión «el punto de vista de Sirio». Quiere expresar esta frase la perspectiva desdeñosa de una ironía trascendente, que se goza contemplando desde muy lejos la vanidad de las acciones y conflictos humanos. No es Zorrilla de San Martín del número de quienes aspiran a la triste superioridad de contemplar las cosas humanas como cosa extranjera, vista de un astro remoto. Nada más lejos de él que la ironía y el desdén. Sus pensamientos acompañantes se llaman amor y caridad. «Cuando en nosotros no hay paz ni alegría, dice hermosamente, las cosas no son nuestras amigas; no nos acompañan. Se llenan, en cambio, de serenidades y de pensamientos caritativos y de consejos, cuando les damos la resignación de nuestras almas. Cuando no hay alegría, dice un hombre bien pensado, el alma se retira a un rincón de nuestro cuerpo y hace de él su cubil. De cuando en cuando da un aullido lastimero y enseña los dientes a las cosas que pasan... Y, además, cuando no hay alegría, creemos hacer un atroz descubrimiento: percibimos con extraña evidencia la línea negra que limita cada ser y lo encierra dentro de sí mismo, sin ventanas hacia afuera». Es éste el tema central del libro; un sermón de consejos aquietadores, que intenta enseñarnos a

sentir amable la sociedad de nuestros semejantes y de las cosas. Un libro de lecturas espirituales, fervoroso y cristiano, que predica la resignación con la suerte propia, el cariño a las altas o humildes cosas que nos rodean, porque todas ellas se ensombrecen y tornan hostiles envueltas en la bocanada del humo de nuestro tedio y se esclarecen, en cambio, radiantes con la luz estelar, de estrella interior, de nuestra serenidad. «Si así como ponemos un poco de agua en nuestro vino aceptamos un poco de dolor en nuestra dicha, la hacemos más sana, por más en armonía con el universo y más soluble en la dicha, siempre relativa, de los demás. No desentonomos; no trazamos las rayas negras de la tristeza y de la negra envidia. El hombre bueno y generoso cuando es muy feliz debe sentirse endeudado y casi avergonzado ante los que sufren». Tal es el tono de esta homilia. Su punto de vista sería el de la vieja fórmula teológica, cien veces más humana que la del ironista: contemplar las cosas *sub specie æternis*. Horadar, calar las efímeras apariencias, para tocar las esencias eternas; adentrarse hasta las entrañas mismas de la realidad. He aquí de qué manera este libro en que diserta de la guerra, del patriotismo, de muchas cosas que están en la raíz de las inquietudes universales de los años de que vivimos, ha parado en sermón de meditaciones morales.

Zorrilla de San Martín ha consagrado gran parte de su vida, casi toda su actividad de escritor y de ciudadano, a plasmar, robustecer, crear el sentimiento nacional. A ese fin tiende *Tabaré*, evocación del paisaje nativo, elegía sobre las razas sin historia que sembraron sus huesos en la tierra patria; para eso fué escrita *La Epopeya de Artigas*, epopeya de la formación histórica de la nacionalidad; *La Leyenda Patria*, nacida del mismo intento, canta la milagrosa resurrección del año 25 y la independencia final. Esta trilogía es lo fundamental de su obra: en ella «tubo el alma del poeta de la tradición nacional como triple espiral de incienso quemado en el ara cívica».

Frente a los nacionalismos irreductibles y agresivos que engendraron el conflicto y mantienen la alarma en el mundo, se pregunta Zorrilla de San Martín si ese concepto de patria no llevará en sí un germen de mal. Sería negar lo evidente, negar que el falso concepto de patria ha influido para desatar la tormenta e influye para mantener los horizontes encapotados y eléctricos, mientras de cuando en cuando un trueno sordo rueda en las lóbregas profundidades. «Hay un germen de mal, dice, bien a la vista está, que contamina a todo pueblo que se congrega y levanta una bandera. El hombre ha sido concebido en iniquidad, no hay que ponerlo en duda. Desde el instinto que aficiona al niño a jugar con soldados de plomo y a seguir los de carne y hueso, cuyas musicales bayonetas brillan al sol; desde el amor preferente, de la mujer al hombre vestido de uniforme, hasta el numen inspirador del poeta que canta al dios de la guerra y lo llama Gloria, todo nos revela que estamos bajo el enorme misterio del bien y del mal y de la muerte». Clarificar cada día mas ese sentimiento esencial del patriotismo, turbio como todos los que manan de la cenagosa fuente del corazón del hombre, tal es el designio de este sermón de paz, en el que se habla más de moral que de política. Predica el escritor la continencia, la resignación a la propia suerte, la caridad con los extraños; recibamos, nos dice, como un beneficio, alegremente, nuestro retazo de sol gratuito, eterna maravilla; aun queda sol para los otros; sofoquemos los instintos inferiores y ávidos que anidan como alimañas en las tenebrosas cavernas del alma. Limpie y depure cada uno su propio corazón, antes de aspirar a renovar la patria o el mundo; acate la ley moral si quiere que ella sea también ley de la sociedad y de la sociedad internacional. Parecerá ingenuo,